

IV

Leyes y reinado de Nopáltzin.—Sucédele, á su muerte, Tlotzin-Pochotl.—Ceremonia de la coronacion.—Ereccion del reino de Texcoco.—Origen de Tlaxcala.

Cuando Nopáltzin ascendió al trono, eran casi independientes del monarca chichimeca los Estados de Coatlychan, Azcapozalco, Xaltocan, Quauhtitlan, Huexotla y Colhuacan, teniendo cada cual su idioma, costumbres é intereses diversos, y viéndose unos á otros con más ó menos envidia: (1) pagaban dichos Estados un corto tributo al imperio, y habia otros que le estaban mas directamente sometidos. Tal heterogeneidad de elementos explica las guerras mas tarde sobrevenidas, y cuyo amago tuvo principios en los dias del reinado de Nopáltzin, á quien fué preciso tomar por fuerza á Tollantzincó y algunas otras ciudades que se le rebelaron, y volver á su córte sin haber logrado ventaja decisiva sobre sus contrarios en la sierra de Meztitlan y otras partes. (2)

Nopáltzin fué en Anáhuac, el primer le-

(1) Brasseur de Bourbourg.

(2) Ibid

gislador chichimeca de quien hacen memoria los anales indígenas. Dictó sábias providencias sobre la caza, encaminadas á asegurar el derecho de propiedad, que como base de toda civilizacion comenzaba á surgir de los pantanos de la barbárie: fulminó pena de muerte contra los reos de adulterio, cuyo delito era tenido en grande horror por los chichimecas; mandó proceder á trabajos agrícolas, dando él mismo ejemplo con vastas plantaciones de maiz hechas en Texcoco, donde estableció nuevos parques para la cria de animales, y obligó á las poblaciones que aun vivian en cuevas, á que edificaran casas. Sus tareas fueron secundadas en Colhuacan, donde por muerte de Xalahuatonac ascendió al trono Calquiyauhtzin, y fueron nuevamente promulgadas muchas de las antiguas leyes de Tula. Casi por el mismo tiempo murió el rey Acolhua de Azcapozalco, sucediéndole su hijo bajo el nombre de Acolhua II.

A los treinta y dos años de reinado murió Nopáltzin, en 1263, segun Veytia, ascendiendo al sólio su hijo primogénito Tlotzin-Pochotl, acerca de cuya coronacion dice el citado historiador: "Concurrieron á ella los reyes y grandes señores del imperio, y en una de las piezas principales de palacio, sentado el emperador en una silla elevada sobre algunas gradas, lle-

gó el rey Acolhua II de Azcapozalco, como primer príncipe del imperio, y tomando una corona que estaba prevenida y no era otra cosa que un aro ó círculo de oro, cubierto de una especie de yerba pachxochitl que se cria sobre las peñas y adornado de un penacho de plumas de águila real y de las mas verdes del papagallo, encajadas en unos anillos de oro al rededor del dicho aro en toda la mitad de él por la parte anterior, se la puso sobre la cabeza, afianzándosela por detrás con unas correas encarnadas de piel de venado, saludándole al mismo tiempo con el dictado de gran chichimecatl teuchtli y haciéndole profundas reverencias. Hecho esto, los demás príncipes le fueron poniendo desde los hombros unas mantas muy finas y curiosamente labradas, de variedad de colores, saludándole del mismo modo y con las propias reverencias; y, finalmente el mismo rey de Azcapozalco le puso la última manta sobre todas las otras, la cual era muy fina y bien labrada de colores en todo su contorno, y en el centro una calavera, haciéndole entender su significado, que era el que toda su pompa y magestad, grandeza y señorío habia de acabarse con la muerte." Habiéndole, en seguida, aclamado todo el concurso, salieron el rey y los nobles á una cacería de antemano dispuesta, y terminaron las fiestas en

la noche con un festin que los historiadores califican de espléndido, y que, probablemente, se reduciría á carne mal asada, pan de maiz ó tortillas, y frutas.

Flotzin-Pochotl rijió con acierto y visitó personalmente sus dominios, manteniendo en ellos las leyes de sus predecesores, y trabajando activamente en pro de la civilizacion. Cuéntase que era de por sí hosco y afecto á la barbarie, y que lo trajo á mas ilustradas ideas un majistrado ó sacerdote tolteca llamado Tecpoyo, quien, desde que era joven el príncipe, se le juntó en una cacería, á fuerza de servicios adquirió ascendiente en su ánimo, y mas tarde lo indujo á expedir nuevas leyes en favor de la agricultura y de las artes. El emperador hizo jurar rey de Texcoco á su hijo mayor, Quinantzin, el mismo que se distinguió de niño en el castigo de la conjuracion de Ocotox; y agregó á la expresada ciudad algunos otros pueblos, ciñéndole él mismo la corona con toda pompa en 1272. Mandó que su hijo segundo, Nopáltzin, se quedara en Texcoco ayudando á su hermano en el gobierno; dió al tercero, Tochíntzin, el señorío de Huexotzinco, y al cuarto, Xiuhquetzaltzin, el de Tlaxcallan, al pie de la famosa sierra de Matlalcueye.

Habiendo figurado tanto Tlaxcala en épocas posteriores, nos parece bien co-

piar lo que dice Veytia, aludiendo al señorío conferido por el emperador á su cuarto hijo, con la circunstancia de haberle dado á dos hijos de Huetzin por colegas: "Algunos quieren que éste fuese el origen y principio de la célebre república y senado de Tlaxcallan; pero es constante por las historias de esta nación que en estos tiempos y muchos años despues, mandó y gobernó solo y absoluto el infante Xiuhquetzaltzin, á quien dieron el renombre de Culhua-Teuchtli-Quanex, que quiere decir "el caballero cúlhua que es cabeza," y en las historias tlaxcaltecas no se hace mencion de estos infantes hijos del rey Huetzin ni de su sucesion. La fundacion de la ciudad de Tlaxcallan la asignan los historiadores muchos años despues, como diré en su lugar, y dicen que por estos tiempos solo era una corta poblacion en el parage que despues llamaron la cabecera de Tepetipac, de la cual y de algunos otros lugares cortos de su comarca fué señor este infante Xiuhquetzaltzin, cuya sucesion mantuvo despues el primer lugar entre los cuatro señores de esta república. Pero á mí me parece que debe anotarse su fundacion y contarle su antigüedad, no sólo desde estos tiempos, sino mucho antes, pues es constante por todas las historias, que ya por este tiempo existia la pobla-

cion de Tepetipac, que con este mismo nombre y en el mismo sitio fué conocida en los tiempos sucesivos y permanece hasta los nuestros; y así la ampliacion y mayor poblacion que despues tuvo, como diré en su lugar, no debe llamarse fundacion, ni contarse por ella su antigüedad, sino por la primitiva poblacion que allí se hizo y sin interrupcion continuó siempre en aumento en el mismo lugar y con el propio nombre."

V

Nueva rebelion de Ocotox.—Fundacion de Xochimilco.—Salida de los aztecas de Aztlan.—Chicomoztoc.—Ruinas de Casas Grandes.

El príncipe Quinantzin hecho rey de Texcoco, puso la guarda de los bosques á cargo de Icuex y de Ocotox, siendo el segundo de estos individuos quien, en combinacion con Yacanex, trató de asesinar años antes á la familia real: arrepentido aparentemente de su falta, y confiado en la generosidad del príncipe, vino á ponerse á su servicio y á probarle que quien recorre una vez villanas sendas no vuelve fácilmente á la del honor, ni merece la confianza de aquellos á quienes traicionó.—Entrambos guarda-bos-

ques dieron en aprovecharse de la caza; noticioso de ello Quinantzin, los depuso y desterró; pero los culpables tomaron las armas, levantaron á una parte del pueblo y quisieron apoderarse de la ciudad de Texcoco: juntó el rey tropas y dió sobre los rebeldes, pereciendo gran parte de estos, y salvándose, cual otras veces, los cabecillas.

Reinaba como emperador Toltzin-Pochotl cuando, entre otras tribus, procedentes todas ellas del Norte, llegaron los xochimilcos, así llamados del nombre de su caudillo, que tambien se dió á la ciudad que fundaron á orillas del lago, y que mas adelante figuró de un modo notable en la historia de México, guardando todavía vestigios de su antigua grandeza.

Vinieron tambien bajo el mismo reinado los aztecas ó mexicanos, cuyo arribo al Anáhuac señala Veytia en el año 1298, sin que se pueda asignar su verdadero origen al segundo de estos nombres, pues ciertos historiadores indígenas dicen que lo tomaron del de su caudillo, mientras otros asientan que todas las tribus emigrantes salieron de Aztlan y traian el nombre genérico de aztecas, tomando despues el de mexicanos del de mexicas que se daba á alguna de dichas tribus. Eran gente belicosa, hábil é instruida en las ciencias y artes que alcanzaron los

toltecas, aunque muy dada á la superstición.

Aztlan, que significa "lugar de la garza," estaba situada, segun se sospecha, al Norte de Sonora, en las regiones del rio Yaqui. Sus habitantes, á quienes Veytia pinta ilustrados á semejanza de los toltecas, se ejercitaban segun varias crónicas, en los oficios de barqueros y pescadores, reconociendo como gefes á Huitziton y Tecpaltzin. El primero de estos personajes tenia empeño en que emigrara el pueblo, no decidido aún á abandonar sus moradas, ni los sepulcros de sus antepasados; y, habiendo oido cierto dia á un ave que en su canto parecia decir "tihui, tihui, vamos, vamos," llamó á su colega, convocó al pueblo maravillado, hizo creer que los dioses se valian del pájaro para decidir á los aztecas á la emigración, y consiguió su objeto poniéndose á la cabeza del gentío, que vino en marcha hácia el Sur hasta Chicomoztoc, donde se detuvo algunos años.

Las crónicas á que nos hemos referido pintan á Chicomoztoc como la capital de un imperio poderoso, á cuyo frente habia un personaje llamado Moctezuma, y el abate Brasseur se inclina á creer que las ruinas llamadas de Casas Grandes pueden serlo de aquella gran ciudad. El mismo escritor dice: "¿Quién no ha oido ha-

blar de los palacios del rio Gila á que se da el nombre de Casas Grandes de Mochizuma; de esa vasta profundidad circular siempre llena de agua, que servia para el riego de los jardines, y de las ruinas de aquella ciudad inmensa situada á dos leguas de allí, y cuyas calles, trazadas á cordel, están formadas por vastos cuadriláteros de edificios de tres ó cuatro pisos como las islas regionarias de la ciudad de Roma? Por mucho tiempo su existencia fué puesta en duda, no obstante las reiteradas relaciones de misioneros y viajeros; mas los informes de los comisionados de los gobiernos de México y los Estados Unidos para arreglar los límites de sus respectivas fronteras, han venido á confirmar plenamente su veracidad. ¡Cuántas veces, por otra parte, los indios de la Sonora septentrional, viendo la admiración de los misioneros al aspecto de tan grandes edificios, no les hablaron de ciudades y palacios arruinados que, segun ellos, se encuentran en número considerable mas allá del Gila y del Colorado, en los desiertos que se extienden hasta los valles de los Mormones! A dar crédito á la tradicion constante en aquellos lugares, de las orillas mismas del gran lago Salado fué de donde salieron las últimas naciones que invadieron el Anáhuac.”

Veytia dice que los emigrantes, que sa-

lieron divididos en siete barrios ó tribus, llegaron, al cabo de algunos años de peregrinacion, á establecerse en un terreno á que dan el nombre de Chicomoztoc, que significa “siete cuevas,” y cuya situacion—añade—parece haber sido hácia la costa del estrecho de California.

Clavijero dice que, despues de atravesar el rio Colorado, caminaron hasta el Gila, y que de allí volvieron á ponerse en camino, haciendo alto, poco mas ó menos en la latitud de 29° en un sitio distante mas de doscientas cincuenta millas de Chihuahua, hácia el Noroeste. “Este lugar—agrega—es conocido con el nombre de “Casas Grandes,” á causa de un vastísimo edificio, que aun subsiste, y que, segun la tradicion general de aquellos pueblos, fué erigido por los mexicanos durante su peregrinacion. Este edificio está construido bajo el mismo plan de los que se ven en el Nuevo-México, esto es, con tres pisos, sobre ellos una azotea, y sin puerta ni entrada en el piso inferior. La puerta está en el segundo, y de consiguiente, se necesita de una escalera para entrar por ella. Así lo hacen los habitantes del Nuevo-México para estar menos expuestos á los ataques de sus enemigos, valiéndose de una escala de mano que franquean á los que quieren admitir en sus habitaciones. Igual motivo tuvie-

ron, sin duda, los aztecas para edificar sus moradas de aquella forma. En las Casas Grandes se notan los caracteres de una fortaleza defendida de un lado por un monte altísimo, y rodeada en el resto por una muralla de cerca de siete piés de grueso, cuyos cimientos se conservan

Véanse en esta construcción piedras tan grandes como las ordinarias de molino; las vigas son de pino, y bien trabajadas. En el centro de aquella vasta fábrica hay una elevación, hecha á propósito, según se colige para poner centinelas y observar de lejos á los enemigos. Se han hecho algunas excavaciones en aquel sitio, y se han hallado varios utensilios, como platos, ollas, vasos y espejos de la piedra llamada itztli."

Al salir de Chicomoztoc los aztecas, acompañóles en calidad de caudillo un hijo de Moctezuma, trayendo consigo á no pocos vasallos de este rey.

VI

Orígen del culto de Huitzilopochtli.—El juego de pelota.—Division de los aztecas en el viaje.—Episodios del valle de Coatepec.—Se establecen la mayor parte de los emigrados en Chapultepec.—Leyendas de Xochipapalotl y Chimalloxochitl.—Ultimas palabras y muerte de Tlotzin-Pochotl.

Durante la peregrinación de los aztecas, desapareció su principal caudillo, Huitziton; muerto naturalmente según algunas relaciones, ó asesinado, según otras, por los sacerdotes que veían con envidia la autoridad de que gozaba. Dijeron éstos al pueblo que el jefe había sido llamado por los dioses para retenerlo consigo y darle el premio debido á sus fatigas; pero que no por eso los abandonaría, y antes bien, habría de seguir rijiéndolos por boca de los ancianos. Alguna relación dice que en esta vez se anunció á los aztecas la aparición del águila y nopal que habían de señalar el término de su viaje y el sitio de su establecimiento. Los huesos de Huitziton fueron encerrados en una especie de arca tejida de juncos, que traía el pueblo consigo, y éste comenzó á tributarle honores divinos dándole el nombre

de Huitzilopochtli, compuesto (dice Veytia) de su propio nombre y de la palabra "mapoche," que significa la mano siniestra, como quien dice "Huitziton sentado á la izquierda de los dioses." Desde entonces comenzaron á mandar los ancianos, fingiendo que todos los asuntos del gobierno eran consultados con la calavera del muerto y que éste les daba su resolución. Una hermana de Huitziton llamada Malinalxóchitl, que mientras vivió el caudillo le ayudaba con sus consejos, vino á ser estorbo á los nuevos gobernantes, y fué un día abandonada por ellos al emprender la marcha, quedándose con sus sirvientes y adictos en una montaña cerca de Texcaltepec. Cuentan de ella las relaciones que era dada á la magia, y que comía lábios, piernas y brazos á los guerreros con solo verlos, en lo cual parece darse á entender alegóricamente su elocuencia y facilidad para hacerse de prosélitos.

Al rendir los aztecas alguna de sus jornadas tuvo lugar el invento del juego de pelota. Se dice que, habiendo colocado en un altar los huesos de Huitzilopochtli, según acostumbraban hacerlo al llegar á cualquiera parte, les habló la nueva deidad, ordenándoles que ejecutasen tal juego y dándoles idea del modo. Por su mandato expreso picaron ciertos árboles, recogiendo de ellos la goma llamada hule,

sumamente elástica y que despues se aplicó á las telas para que no pudiera pasarlas el agua. Una vez cuajada cierta porción de tal goma, la envolvian en lana y la forraban con piel posteriormente, pues los indios al principio, según Veytia, hacian la pelota solamente de hule, y de un palmo de diámetro las de menor tamaño: "no jugaban con las manos, sino con las sentaderas—añade,—de suerte que el que hacia el saque dejaba caer la pelota, y al bote que levantaba volvía el cuerpo y con las nalgas la despedía: del mismo modo la recibian en el rechazo y la volvian á despedir, y de esta manera la mantenian mucho tiempo en el aire sin dejarla caer al suelo, porque perdía el que la dejaba caer." En tiempos posteriores vino á ser este juego una de las diversiones mas frecuentes de los reyes y nobles, y á su tiempo veremos que sirvió para decidir una disputa habida entre Moctezuma II de México y un rey de Texcoco, acerca de los presagios que anunciaban la venida de los españoles.

Es indudable que las tribus procedentes de Aztlan se dividieron antes de alcanzar el término de su peregrinacion, y las relaciones señalan á tal division diferentes causas. Despues de haberse internado por Xalisco y Michoacan, donde ya existia Pátzcuaro, que fué despues la ca-

pital de este gran reino, dicen que un día se echaron á bañar en el río muchos hombres y mugeres; que los que habían quedado en la orilla, pareciéndoles mal aquella diversion, les ocultaron la ropa, y los que se bañaban tuvieron que retirarse desnudos y avergonzados á sus casas, naciendo de aquí la discordia, cuyo término fué la marcha de los ofensores y el establecimiento de los ofendidos en el país. Los escritores teochichimecas dicen que, viniendo todos juntos, se adelantaron algunas cuadrillas; que para pasar el río de Toluca formaron balsas, atando los troncos de árbol con los maxtlis ó taparabos que usaban, y que, habiéndose roto con tal uso, quedaron los hombres enteramente desnudos, pidieron á las mujeres sus camisetas para medio cubrirse, y con ellos unos y otras quedaron vestidos solo á medias y provocaron las murmuraciones y el enojo de las cuadrillas que atrás venían y se ofendieron de la deshonestidad de los primeros; por lo cual estos no pasaron de las tierras de Michoacan, y recibieron el nombre de "tarascos." Clavijero cuenta que en el viaje de Chicomoztoc á Tula, se detuvieron los emigrados en Coaticamac donde la tribu se dividió en dos facciones, siendo causa de la discordia la aparición maravillosa de dos bultos ó envoltorios en medio del campamento.

Acercándose algunos indios á reconocer uno de aquellos objetos, hallaron una piedra preciosa acerca de cuya posesión hubo gran contienda pues cada cual quería apoderarse de ella, juzgándola rico don de su divinidad. Pasando en seguida á ver lo que contenía el otro envoltorio, hallaron en él dos leños y los despreciaron por cosa vil; mas advertidos por su caudillo de la utilidad que podían sacar de ellos para hacer fuego, los apreciaron en mucho mas que la piedra. Los que se habían apoderado de esta fueron los que mas adelante se establecieron en Tlatelolco, y los que recogieron los leños fueron los tenochques ó mexicanos. Clavijero añade que, á pesar de la enemistad, los dos partidos siguieron caminando juntos por el imaginario interés de la protección de su número, y que esta relación es un apólogo ideado para enseñar que se debe preferir lo útil á lo bello.

Los aztecas vinieron deteniéndose sucesivamente y estableciendo poblaciones en Zumpango, Tizayocan, Tepeyacac (hoy ciudad de Guadalupe) Pantitlan, Popotlan y bosques de Chapultepec, dependientes de la corona de Colhuacan. Antes de tocar en todos estos puntos, residieron por espacio de algunos años en los valles de Coatepec, no muy distante de Tula. Dominábalos un monte elevado en que

Quauhlequetzqui, su caudillo, depositó el arca con los huesos de Huitzilopochtli, mandando al pueblo que hiciese alto y pusiera diques al río, con lo cual se convirtió en lago el valle, quedando la montaña á guisa de isla. Agradable era el clima, fértil el terreno y los emigrados estaban allí contentísimos; pero el gefe que, al detenerse, no llevó otro objeto que reunirlos y evitar la numerosa dispersion que debilitaba á sus tribus, tan luego como las vió otra vez compactas y restablecida en ellas su propia autoridad, dió la orden de levantar el campo y continuar la marcha interrumpida, lo cual disgustó al pueblo y provocó murmuraciones y resistencias. Entonces—dice la leyenda—el dios hizo patente su cólera de un modo que aterrorizó á todas las tribus. “¿Es así, exclamó dirigiéndose á sus ministros, como los aztecas han de obedecer á sus gefes poniendo obstáculos á mis designios? ¿Son ellos, por ventura mas grandes que yo? Decidles que me vengaré de su ingratitud antes que luzca otro día.” En el mismo instante descorrióse el velo que hasta allí habia cubierto constantemente la cara del ídolo, y éste, por la primera vez, se mostró á los ojos de los indios bajo un aspecto tan belicoso y horrible y con facciones tan repugnantes, que todos los guerreros se quedaron helados de espanto. A la no-

che siguiente se oyó gran ruido en torno del lugar que le servia de templo; al amanecer acudieron todos al teocalli y hallaron tendidos al pie del altar á los murmuradores, abierto y ensangrentado el pecho, de donde les habia sido extraido el corazón. Los sacerdotes dijeron entonces al pueblo que su dios no se alimentaba sino de corazones humanos y que de aquel modo castigaba á los prevaricadores. Al mismo tiempo rompióse el dique puesto á las aguas y éstas derramáronse con estrépito dejando seco el valle, cuya mansion no podia ya ofrecer halago á los aztecas, quienes, si bien muy disminuidos á causa de haber tomado horror á la tiranía de Quauhlequetzqui, le siguieron á las poblaciones que hemos citado, viniendo á establecerse de un modo mas permanente en los bosques de Chapultepec, donde eligieron caudillo ó rey á Huitzilihuitl, hijo de Ilhuicatl (que descendia de los señores de Tzompanco) y de una señora azteca.

Antes de tal eleccion tuvo lugar la alianza de los aztecas, mandados por Tzipantzin, con los colhuas, representados por Mazatzin, antiguo señor de Chapultepec. Tenia éste una hija de rara belleza llamada Xochipapalotl ó “la mariposa de las flores,” á causa, tal vez, de su inconstancia. Daba citas en la montaña de Cha-

pultepec á todos los guerreros á quienes sucesivamente se inclinaba, y del número de éstos fué Tzippantzin, quien logró fijar su corazón y la obtuvo de esposa; esto decidió al padre de la joven á retirarse á otras partes de su señorío, como Otlazpan, dejando el de Chapultepec á los aztecas. Tal alianza, agrega la leyenda, primera que tuvo lugar entre mexicanos y colhuas, debia ser con el tiempo cimentada por otras muchas, á despecho de los mútuos celos, combates y violencias de entrambos pueblos.

Tras esta leyenda hallamos otra en que figura una hija de Huitzilihuitl. Los tepanecas exigieron tributo á los aztecas, y resistiéndose éstos á pagarlo, y temiendo los efectos de su resistencia, acudieron al emperador chichimeca en solicitud de un apoyo que no obtuvieron á causa de las circunstancias especiales en que se hallaba la monarquía. Despues de una larga serie de sangrientos combates, viéronse en la necesidad de deponer las armas y pagar el tributo exigido. Mas en uno de los últimos encuentros con el enemigo, éste habia apesado, en union de varios gefes aztecas distinguidos, á la princesa Chimallaxochitl, hija del rey ó caudillo Huitzilihuitl; el señor de Quauhtitlan, enamorado de esta princesa, desde que la vió cierto dia en una partida de caza, cayó

sobre la hueste tepaneca que la llevaba presa, la rescató, auxilió con víveres á los mexicanos, se casó con la joven y contribuyó poderosamente á los adelantos de aquel naciente Estado.

Tiempo es ya de volver la vista hácia la corte del imperio chichimeca, de que nos alejamos para seguir á los aztecas en su viaje de inmigracion al Anáhuac. Tlotzin-Pochotl se enfermó de dolores de cabeza y de cuerpo, y llevaba cuatro meses de padecimientos y melancolía, cuando alguno de los señores de su corte, procurando levantar su ánimo, le habló de esta suerte: "¿Qué es lo que te aflije? ¿No eres señor de todo este mundo? ¿No te alegra el ver á tu cabecera á la emperatriz tu esposa y señora nuestra y á los príncipes tus hijos? ¿No vez á tantos reyes y príncipes que siendo grandes señores en sus Estados, son en tu presencia humildes vasallos? Pues ¿qué te aflije, señor? Alégrate y divierte tus males." A lo que el sábio monarca respondió: "¿De qué me sirve ser el mayor señor del mundo y tener tanto poder como acabas de decir, si todo él no alcanza á aliviar una pequeña parte de estos dolores que me acaban la vida? Esta es dádiva del Dios Criador, que me la ha conservado hasta ahora y no sé cuándo me la quitará; y pues nada de cuanto has dicho es capaz

de dilatármela ni un día siquiera, quitaos allá todos y dejadme morir en mi tristeza." (1) Dicho lo cual, espiró Tlotzín-Pochotl en 1298, á los treinta y cinco años de reinado.

VII

Sube Quinantzin al trono imperial.—Traslada la córte á Texcoco.—Rebelion y coronacion de Tenancacáltzin en Tenayocan.—Los aztecas toman parte en la guerra de los cólhuas contra los xochimilcos.—Rasgo de astucia de los aztecas.—Terror de los cólhuas con motivo de unos sacrificios humanos.

Desde que el señorío de Texcoco fué erigido en reino y dado á Quinantzin, este príncipe comenzó á hermosear su capital, protegiendo la agricultura y las artes, edificando palacios y casas á semejanza de los antiguos toltecas, introduciendo costumbres mas suaves entre los moradores, y echando con todo ello los cimientos de la civilizacion y el esplendor que la llamada Atenas de la América ostentó mas tarde en los tiempos de Nezahualcoyotl y Nezahualpilli.

(1) Veytia.

Con tal conducta, que convertia á Quinantzin en jefe del partido civilizador, cobraronle ojeriza muchos de los señores chichimecas, en cuyo concepto la fuerza de las instituciones del imperio estribaba en el aislamiento de los bárbaros respecto de los cólhuas ó aborígenas con quienes pretendieron Tlotzín-Pochotl y su hijo fundirlos adoptando sus costumbres y conocimientos en las artes. Así, pues, antes de la muerte de Tlotzín, habiase formado un bando de oposicion á la política del emperador y de su presunto heredero, quien reunia periódicamente en Texcoco á los jóvenes de la nobleza, y les hacia participar de sus gustos é ideas por medio de un trato franco y amable, que templaba la fuerza natural de su carácter.

Muerto Tlotzín-Pochotl, según dijimos en el anterior capítulo, subió al trono imperial Quinantzin, y las fiestas de su coronación hicieron mas patente la mudanza de las costumbres, pues el antiguo ceremonial de los bárbaros cedió el puesto de otro mas análogo al fausto que el heredero de la corona habia comenzado á ostentar años atrás en su pequeña córte de Texcoco. Hízose conducir en una especie de andas llevadas por cuatro de los principales nobles, y bajo un dosel de plumas y oro, construído por los mejores artífices. Los partidarios de las costum-